

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 9 |
| Criterios de edición | 23 |
| 1733. Francisco de León y Ortega, <i>El pronóstico entretenido</i> | 25 |
| 1735. Francisco de León y Ortega, <i>El pronóstico entretenido y asamblea de los políticos de botón gordo</i> | 35 |
| 1735. Germán Ruiz Gallirgos, <i>El sarrabal burgalés</i> | 45 |
| 1736. Germán Ruiz Gallirgos, <i>El sarrabal burgalés</i> | 53 |
| 1736. Francisco de León y Ortega, <i>El pronóstico entretenido y corral de comedias</i> | 57 |
| 1736. Gómez Arias, Gran Piscator de Castilla, <i>El palacio de Plutón y templo de Proserpina</i> | 67 |
| 1737. Gómez Arias, Gran Piscator de Castilla, <i>Las fantasmas del sueño y Puerta del Sol de Madrid</i> | 73 |
| 1737. Francisco de León y Ortega, <i>El pronóstico entretenido y gabinete de Baco</i> | 77 |
| 1739. Germán Ruiz Gallirgos, <i>El sarrabal burgalés</i> | 87 |
| 1740. Francisco de la Justicia y Cárdenas, <i>El piscator de Madrid</i> | 95 |

| | |
|---|-----|
| 1743. Francisco de Horta Aguilera, el ingenio cordobés, <i>La pragmática del tiempo y totilimundi a cuestras</i> | 103 |
| 1746. Francisco de Horta Aguilera, el ingenio cordobés, <i>La gran esfera de Urania</i> | 111 |
| 1746. Pedro Sanz, <i>El encanto de Mañosa y el sacristán de Cebolla</i> | 119 |
| 1750. Jorge de Cárdenas, <i>El gran Piscator de la Casa del Campo</i> | 133 |
| 1757. Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel, el Pequeño Piscator de Salamanca, <i>La Puerta del Sol</i> | 141 |
| 1758. Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel, el Pequeño Piscator de Salamanca, <i>Los cofrades de la tuna y maestros de la bribia</i> | 151 |
| 1760. Antonio Romero Martínez Álvaro, <i>El Piscator de la farsa</i> | 161 |
| 1767. Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel, el Pequeño Piscator de Salamanca, <i>Embajada de los astros, sueño astronómico</i> | 173 |
| Obras citadas | 183 |

Introducción¹

Si se ha de negar la impresión a los cartapacios que contienen delirios, extravagancias, y desatinos, nada se imprimirá en el mundo.

TORRES VILLARROEL

¿Pues y qué se me da a mí, señores mochos, de que ustedes me acocean el pronóstico, me ensucien sus cláusulas y me apesten sus párrafos? Yo jamás hago juicio de las locuras de ustedes, porque solo le hago de las mías; y es de suerte que cuando me las murmuran, me las pagan. De los aplausos de ustedes, y de tiña, Dios me libre, porque semejantes elogios los cuento yo entre las excomuniones, los tabardillos y las almorranas. ¡Yo, celebrado de asnos! Ni por pienso.

Estas palabras, que sirven de presentación al pronóstico para 1739 de Francisco León y Ortega² —el más acabado imitador de Diego de Torres Villarroel—,³ son representativas del tono de los prólogos de los almanaques que los seguidores de Torres,⁴ protagonistas de esta antología, escribieron durante la primera mitad del siglo XVIII. Almanagues o, como ellos mismos los denominarían, opusculillos, tratadillos, socaliñas de pataratas o apócrifos rebuznantes que son el resultado, explicaba uno de sus censores, de la tarea anual de mentir horóscopos y fatigar planetas.⁵

¹ Esta obra se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en España durante el siglo XVIII: estudio, edición y crítica*, del Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación, Ref. FFI2017-82179-P. Agradezco mucho a Fernando Durán su generosa dedicación a esta antología; a Pascual Riesco, sus valiosas aportaciones.

² Los títulos completos y demás datos bibliográficos de los almanaques que aquí se mencionan se pueden encontrar en las «Obras citadas» (Fuentes primarias: almanaques). La fecha que se ofrece, y por la que se incluirán en esa bibliografía, es en todos los casos la del año para el que está concebido el almanaque, es decir, la del año que se pronostica.

³ Así lo afirma Durán (2015: 59), al incluirlo entre los «seguidores y remedadores de Torres», advirtiendo que es el único entre ellos que «jamás exterioriza incomodidad con la fórmula» torresiana.

⁴ Véase Durán López (coord.), 2022, *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*, monografía en que se presentan estudios individualizados sobre algunos de ellos. Esta obra se inscribe también en el proyecto de investigación anteriormente citado.

⁵ Francisco Sueyras, en su aprobación al pronóstico de Diego González Gómez para 1730, advierte de

En esta modulación,⁶ pues, envolvían en los prólogos las habituales protestas de pobreza como justificación de su labor, las críticas e insultos a otros gremios (preferentemente al de los médicos), y la declaración de ir a mentir abiertamente: «mentiras por mentiras», comprenden las mías; repetía en sus prólogos Jerónimo Argenti.⁷ Y es más, porque también en el prólogo se solían declarar, con desenfado, dispuestos a errar en sus predicciones:

Si prometo serenidad o lluvia abundante y no la hay, ustedes son los mentecatos, pues la esperan de quien no puede darla. Si hay truenos en el papel y no en la región, no hay que tratarme de borracho, que no ha de tronar en todas partes. Cuando escuchen mis juicios háganse la cuenta de que oyen a un curandero, a un saludador o a un alquimista. Los yerros de los astrólogos son muchos, pero para errar todos los hombres son astrólogos; y si cada vez que erraran los hombres en lo que dicen, o en lo que hacen, se les hubiera de caer un cabello, ya sería más larga la procesión de los calvos que la de los cornudos (León y Ortega, 1733).⁸

A fin de cuentas, elaborar un pronóstico se había convertido —y volvemos a oír a León y Ortega (1736, introducción, p. 2)— en

mentir a boca llena, matar a troche y moche, casar a quien le da a uno gana, poner coplas a destajo y otras cosas a este tono, aunque sin ton ni son. Pues [...] no es otra cosa más que un seminario de embustes, una Puerta del Sol de patrañas y unas Gradas de San Felipe de embolismos.

Y «con toda esta droga, trampantojo y fruslería» se pretendía, explicaba Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel (1767, prólogo), llenar los «cuatro pliegos de papel, y [...] hacer menos enfadosa la lectura de un almanak, que por más lluvias y turbiones que arroje desde sus cuartos y lunas, no puede dejar de ser árida y seca». Tenía razón,

la excepcionalidad entre los piscatores al uso de aquellos que, como su censurado, son «observadores de los portentos, astrólogos de las novedades y profetas de los asombros, sin mentir horóscopos ni fatigar planetas ni asterismos, porque discursos bien fundados siempre pudieron presumir de proféticos, tanto en lo astral y celeste, como en lo racional y terrestre».

⁶ Heredada de Torres, del que Menéndez Martínez (1994-1995: 505) denomina «especie de “pacto de agresividad permanente” que el autor parece haber firmado con sus lectores», y que alterna con fórmulas más cordiales (amigo lector...).

⁷ «Con que si algún otro te ha de engañar en un real de plata, mejor será que lo emplees en el Jardinero de los Planetas» (1734, prólogo); «Aquí no pretendo de sacar el dinero a nadie por fuerza; lo que les he de deber yo solamente es que, así como otros les han de granjear un real de plata, *mentiras por mentiras*, tomen el mío, que todo es dejarse engañar» (1735, prólogo); «En lo demás te he de deber, que así como has de gastar tu real de plata en otro pronóstico, mentiras por mentiras, tomes el mío, que te lo agradeceré y te haré honor con él» (1739, prólogo).

⁸ Seis años más tarde, León y Ortega encontraría su justificación para el gremio: «Si algunas mentiras son disculpables, deben serlo las de los astrólogos, o porque hablando de los cielos se nos pasan muchas cosas por alto, o porque algunas estrellas yerran lo que nos dicen, como son errantes» (1739, prólogo).

y esa fórmula para refrescar tan árida lectura había sido un gran hallazgo de su tío, Torres Villarroel,⁹ aunque abrirse un hueco con ella en el mercado literario no le había sido fácil; así lo explicaba en su *Vida* (1743):

A los seis meses de estudio salí haciendo almanques y pronósticos, y detrás de mí salieron un millón de necios y maldicientes blasfemando de mi aplicación y de mis obras. Unos decían que las había hecho con la ayuda del diablo; otros, que no valían nada, y los más aseguraban que no podían ser hechuras de un ingenio tan perezoso y escaso como el mío. [...] Estaban, veinte y cuatro años ha, persuadidos los españoles que el hacer pronósticos, fabricar mapas, erigir figuras y plantar épocas, eran dificultades invencibles, y que solo en la Italia y en otras naciones extranjeras se reservaban las llaves con que se abrían los secretos arcones de estos graciosos artificios. Estaban, mucho antes que yo viniera al mundo, gobernándose por las mentiras del gran Sarrabal, adorando sus juicios, y, puestos de rodillas, esperaban los cuatro pliegos de embustes que se tejían en Milán (con más facilidad que los encajes), como si en ellos les viniera la salud de balde y las conveniencias regaladas. No vivía un hombre en el reino, de los ocultos en las comunidades ni de los patentes en las escuelas, públicas, que, como aficionado o como maestro, se dedicase a esta casta de predicciones y sistemas (Torres Villarroel, 2000).

Pero una vez que él abriera ese mercado en España para los españoles,¹⁰ serían muchos los que en la primera mitad del siglo XVIII y siguiendo sus pasos¹¹ —a gran

⁹ Que con ella, marca un punto de inflexión en el género en España; «uno de los sucesos más chocantes de las letras españolas del XVIII, y también de los menos acechados por nuestra historia literaria y cultural [...], el inusitado medro que en la primera mitad del siglo XVIII alcanzaron almanques y pronósticos astrológicos» (Durán, 2015: 9). Hacia 1730, Torres —que iniciara su carrera como piscator en 1719— ha cerrado ya la que será su fórmula definitiva, una estructura compuesta por «a) una dedicatoria (a un noble o alta personalidad), b) un prólogo al lector, c) la *introducción al juicio del año*, en donde desarrolla una pequeña ficción que le permite presentar las previsiones para el año nuevo, y d) los *juicios*, uno para cada estación, en los que se entremezclan las efemérides, cómputos del año y movimientos de los astros con coplas, adivinanzas, refranes y predicciones meteorológicas, de enfermedades y de imprecisos acontecimientos» (Martínez Mata, 1995: 75-76).

¹⁰ Lo haría entre «las represalias de los representantes de la más avanzada ilustración: Feijoo, Martín Martínez y Moratín hijo, entre otros [y] “los aplausos y vítores del vulgo”» (Menéndez Martínez, 1994-1995: 498); la «alianza de Torres con el vulgo [...] es esencial en su larga y difícil lucha por la vida y aporta rasgos peculiares de su creación literaria. Entre sus consecuencias, no es la de menor importancia la creación de un estilo personal y totalmente renovador para la divulgación» (Pérez López, 2009: 10-11). «Esa “cabra literaria” que fue Diego de Torres Villarroel» (Mercadier, 1995: 139), a quien la crítica en un principio tildara de «escritorzuelo vividor e ignaro, pícaro, bufón, tunante, sinvergüenza, vulgar y chocarrero, ignorante, retrógrado, antimoderno, usurario, supersticioso, barroco decadente...» —«florilegio» formado por Pérez López (2009: 2) a partir de referencias a Torres de historiadores y estudiosos del XVIII—; para su contemporáneo, según Martínez Mata (1995: 75) era «el autor del pronóstico más divulgado cada año y el estafalario personaje al que se le atribuía una predicción famosa: la de la inesperada muerte del joven rey Luis I» (1724). A juzgar por las palabras del propio Torres, era algo más: «Desean ver mi figura las gentes de buena condición y gusto, y creen que soy hombre de otra casta que los demás racionales [...]. Las mujeres hablan de Torres en sus estrados con alegría y buena voluntad [...] y suenan en sus bocas las seguidillas de mis *Pronósticos* y los juicios de mis *Calendarios* [...]. Soy convidado a todas las fiestas, músicas, danzas y comilonas de las más vastas ciudades del reino. Y en todas partes soy conocido y requebrado» (Torres, 2000a).

¹¹ Señala a este respecto Durán (2015: 9), y a continuación lo comprobaremos, el «rotundo imperio de Diego Torres Villarroel en esa ruidosa zambra de piscatores, que tardó medio siglo en amortiguarse».

distancia, salvo honrosas excepciones—, encontraron en los celestiales desatinos¹² una forma de ganar dinero escribiendo, algo muy raro en un país donde, según Zenón Guerao Aznar, habitual censor de pronósticos, «no se acostumbra tan frecuente (como en otros) a alentar con sobrados intereses a los que en cualquier tipo de letras rompieron la vida con prolijas labores».¹³

Mentir de los cielos, además de ser lucrativo, no parecía requerir esas prolijas labores, y así lo explicaba Isidoro Ortiz al lector, en 1758 (prólogo):

Ocho son con este los piscatores que o por tu gusto, tu curiosidad o tu extravagancia, me has llevado; y si Dios me conserva la vida, espero que me has de llevar ochenta, porque el oficio es descansado, no se pone nada de casa y deja descargada y libre la conciencia.

Y tanto; véase el desparpajo de León y Ortega (1740, prólogo):

Señores míos, vamos claros, venga ese dinero y vaya de murmuración; a mí, como me paguen el pronóstico, me pagan la burla. De que me le descuarticen, me daré por sentido; de que me le hagan cuartos, quedaré gustoso. Que miento no es menester decirlo porque va de molde, bien que ya que lo ejecuto es con gracia, porque lo miento de los cielos. [...] Si les parece a ustedes mal, quémenle, que para esto bastará que hablen de él, como suelen, los majaderos. Si les parece bien, con su pan se lo coman, pues va tan abundante el año de trigo como sus calaveras de ignorancia. [...] Así, pero venga ese dinero y vaya de murmuración. Los sucesos (esto es para los juiciosos) llevan de cierto la posibilidad y de contingencia la existencia: con que lo más que puede suceder es que no sucedan; pero lo mismo sucedió el año pasado y me vendieron el almanak con gran satisfacción mía, que en estos asuntos queda uno muy pagado de que le vendan. Las coplas llevan bien llenas las medidas de misterios y de pies [...]. Si la introducción es mala, no sé cómo lo es, porque en este tiempo vale mucho cualquier introducción, y con la mía el mayor petardo que se pega es de dos reales [...]. El juicio es una cosa graciosa; pues ¿cuál andarán las cabezas, cuando anda[n] rodando en los pronósticos?¹⁴

¹² Hemos de agradecer a León y Ortega (1736, introducción, p. 13) tal definición de los resultados de la labor piscatorial; esos «celestiales desatinos» que dan título a nuestra antología.

¹³ Es en su aprobación del pronóstico de Ruiz Gallirgos, para 1736, donde Guerao, al hilo de su reflexión sobre los críticos escribe dichas palabras, consciente de que para el autor «las prolongadas vigiliias, penosos desvelos y tareas fatigosas no tienen más premio, ni retribución, que los escasos aparentes elogios que se le fijan en la obra».

¹⁴ También algunos censores —los de más fuelle— jugaron con este proverbial desahogo piscatorial: «Los sucesos que se prognostican son magníficos y de mucho rumbo, que sucederán o no sucederán, como sucede todos los años. Y si alguna vez acaeciese un suceso no prognosticado, váyase porque otras veces se prognosticarán los que no sucedan. A uno, que había compuesto un soneto, se le notó un verso de breve por faltarle sílabas, a que con ingenuidad respondió: no se detenga usted en eso, que otro verso habrá a quien le sobren, y se irá uno por otro» (Gaspar Álvarez, censura al pronóstico para 1738 de León y Ortega); «Hipócrates dice que en la Medicina el pronóstico es difícil, yo digo que en la Astrología es fácil el pronóstico, y así, amigos, no hay sino manos a la obra (y pies también para poner sus versécitos), y los que se hallaren con pocos cuartos (que serán muchos), alto a pronosticar a hecho [...] y a salga lo que saliere [...] y no teman que les cojan las mentiras, que en el tiempo en

Esta conciencia libre y descargada de los piscatores venía, en gran medida, de que la responsabilidad autorial en la calidad del producto ofrecido era compartida entre muchos, así lo dan a entender palabras como las de Justicia y Cárdenas (1738, prólogo): «Persuadido de que podré hacer mi papel, me aliento a disfrazar entre la comitiva de lunáticos»; los versos de Antonio Muñoz (1750, introducción, p. 3): «El año de cincuenta / se va acercando, / y para él quiero hacerte / un calendario. // Y si no acierto, / en errar tendré este año / mil compañeros»; la declaración de Bartolomé Ulloa (1766, dedicatoria, p. 3), al elegir el almanaque como vehículo para sus disertaciones económicas: «He dado en la manía de hacerme escritor de viejo y pronostiquero [...], me alientan los escritos de otros, que cada día retoñan y que son casi tan tontos como yo»;¹⁵ o la búsqueda de Ruiz Gallirgos (1735, prólogo), que al mismo lugar conduce:

Las poblaciones numerosas, bulliciosos sitios, concursos discretos, asambleas eruditas y tertulias varias, en donde concurren criticones de obra prima a decidir lo que no podrán comprender mientras no suelten la pelleja, he rondado incesante y no he podido oír una cosa que por nueva me sorprenda y asuste. Con que no habiendo encontrado invención peregrina, para mí dije: Buen siglo es este para meterme a escritor, cuando ninguno de los que gozan de este renombre me podrá descalabrar con la mala palabra de *menos puta es ella*.

Con esa tranquilidad los astrólogos, o como ellos solían llamarse, petardistas sin juicio, usureros por alto, contrabandistas de lo futuro, o sopones de toda gorra, se convirtieron en muchedumbre. Incluso la estrella menos modesta, advertía Juan de la Concepción (1751, introducción, p. 3), a raíz de la proliferación de telescopios evita «aliviarse un poco de ropa en el verano por más que se encierre en el gabinete más oculto, recelando el ser registrada por el villano acecho de algún humilladero de Baco». «Temo fatigados los leyentes», escribía Francisco de la Justicia y Cárdenas en 1738 (prólogo), «con moliendas de escritos, que es un sin juicio por haber peste de autores y contagio de pronostiqueros». En 1752, Torres Villarroel afirmaba —en su censura al pronóstico de Tomás Martín—: «Hoy ha crecido tanto la generación de los almanaqueros, que solo en un lugar tan reducido como Salamanca se han impreso seis este año, y según se van aumentando, sospecho que han de ser más los astrólogos que los vecinos».¹⁶

que estamos corren mucho, y así no es fácil cogerlas» (Carlos de la Reguera, censura al pronóstico para 1736 de León y Ortega).

¹⁵ Conciencia libre y descargada, sí, y también comercial: «Tan mercader soy yo con mis librotos como el mercader más acaudalado de Europa para conocer qué es lo que está bien al comercio que hago, porque si no, hay castigo de bolsa» (Ulloa, 1766, introducción, p. 11).

¹⁶ Téngase en cuenta que además de aquellos piscatores construidos a la zaga del modelo torresiano, se